de evolución, sin otra diferencia apenas, que la contracción de este último.

Pero el significado original, lo mismo de *Zervane* que de *Akerene*, en cuya separación insistimos, porque son dos términos de evolución diferentes, es, y no pudo menos de ser: soplo de fuego ó espíritu creador.

Con estas indicaciones por base pueden otros encargarse de hacer su estudio.

DIOSES GRIEGOS.

HEROS, HERACLES.

«Una tradición venida de los antiguos y de la más alta antiguedad, dice Aristóteles en la Metafísica, y transmitida á la posteridad bajo la forma de mitos, nos enseña que éstos (los primeros principios del mundo), son dioses, y que lo divino abraza la naturaleza toda entera. Lo demás ha sido añadido fabulosamente con el objeto de persuadir al vulgo, y á fin de sostener las leyes y los intereses comunes.»

Es así, en parte, como debe juzgarse la mitología griega. Deben dejarse á un lado las fábulas para elevarse á los principios ó manifestaciones maravillosas (por más que fuesen naturales y regulares) que sorprendieron la imaginación de los hombres prehistóricos.

Considerados así, los dioses griegos dejan de ser griegos, y pasan á ser otros tantos términos de evolución lingüística y mental de la serie de generaciones que acabó por tener su asiento en Grecia.

Alguien ha dicho que la idea que engendró el símbolo en el origen del pueblo ó de la raza, era indepen-

diente de las palabras que debían más tarde expresarla, y que así, la simbólica es anterior á su expresión en el lenguaje; que no hay en el Veda, por ejemplo, término único para cada divinidad; sino que una palabra tiende á prevalecer entre otras muchas, y en fin, que el nombre no fué definitivo hasta la perfecta elaboración del símbolo.

No es de extrañar este error cuando no se abarca toda la evolución desde el principio. Si en el Veda hay varios nombres, en efecto, consiste en que su significado tradicional fué idéntico, porque idéntico fué también su origen. Son producto ó resultado de evoluciones que conservan el carácter original, y por eso, al fundirse en sociedad común, las diferentes tribus admiten, unas de otras, aquellos nombres que expresan los mismos atributos de sus dioses, prevaleciendo aquel que mejor se aviene con la nueva concepción del símbolo ó que pertenece á la más influyente tribu. Mas en el principio, el nombre y el símbolo son como el sello y la estampa; no se mide el tiempo que se llevan; y sobre todo, no hay tal independencia del símbolo y los nombres, pues ya hemos visto que éstos no son nunca caprichosos ni arbitrarios, sino reflejo exacto y lógico de la idea expresada por la oportuna onomatopeya. Y una vez nominado un dios, su nombre no cambia jamás; recorre su evolución como las otras palabras del lenguaje, y llega á desfigurarse en mil diferentes formas, conservando siempre, sin embargo, su raíz. Es lo que hace fácil nuestra interpretación y lo que imposibilitó hasta ahora la exégesis. Todo estriba en la verdad del método. Acaso el nombre de Dios fué el primero que conscientemente pronunciaron labios humanos.

La idea de Dios vibra en el cerebro del hombre al mismo tiempo que la palabra suena por primera vez en su boca. No parece sino que el nombre de los dioses encierra y contiene el origen del lenguaje.

Pero las generaciones pasaron y el significado de los nombres divinos se olvidó, quedando sólo un vago recuerdo de los más salientes caracteres.

Los griegos no conocían, mejor que los otros pueblos, su mitología. Prometeo era para ellos «el hombre previsor» y Epimeteo, su hermano, «el que toma consejo.» De las palabras vulgares de su idioma querían sacar el nombre de sus dioses, así como ahora todavía, ilustres exegetas suponen que *Pirrha* es el barro rojo, y que *Hera* viene de *Svar* cielo, en sanscrito, ó de *Era*, en griego, la tierra.

Nuestros lectores conocen, desde luégo, que estos nombres, ó no tienen el significado que se les atribuye, ó no proceden los unos de los otros, sino que son términos de las evoluciones onomatopéicas, lo mismo que estos otros que vamos á examinar: Heracles, Apolo, Cybeles, Ceres, Dêmêtêr, etc.

La mitología debe ir en busca del mito primitivo separándole de las concepciones posteriores: «Una etimología, como dice Girard de Rialle, si es natural y bien fundada, y por tanto, verdadera, da mucha luz.»

«Los más antiguos puntos de contacto, dice Muir, entre las ideas religiosas de los griegos y de los indios, de que se ha hecho mención, son de un carácter diferente y *restos innegables de una mitología original* que fué común á los antepasados de las dos razas.»

El Veda no es aun para Muir, y tiene razón, á pesar de considerársele antiquísimo, la fe primitiva de la raza: «Así como en latín ó en griego hay formas más antiguas de palabras que en sanscrito, así hay mitos en Germania ó en Grecia que tienen un carácter más arcáico que en el Veda, y que no pueden ser explicados por ese cómodo *Usâ* de Max Muller.»

El método empleado por nosotros llena todos estos requisitos; abarca la mitología desde su fuente original; explica todo ampliamente; se confirma por la comparación, y produce una ley etimológica infalible.

Veamos ahora los términos de la evolución en Grecia.

El antropomorfismo predomina aquí más que en Asia. El Caos, anterior á la tierra, pero que no es su padre, es el principio de tenebrosa humedad, productora de mónstruos, que Beroso coloca en el origen de todas las cosas, en un tiempo en que reinaba *Omoroka*, es decir, según la interpretación de *Lenormant* (1), la diosa madre=*Um-uruk*, adorada en la ciudad de Uruk, (ρχοη), que es la misma Belit, la gran diosa.

Es natural que siendo grandes diosas las dos, puedan ser identificadas por Lenormant; pero son resultados bien fonéticamente distintos en evolución. Belit es la forma femenina de Belo, conservando sólo la onomatopeya del calor, mientras que Omoroka lleva las dos: *Um-ero-ja*, muy trasparentes.

Se llamaba también *Tihavi*, la mar, ó abismo primordial; pero los griegos por cierta asonancia con θαλατα hicieron de ella el mar. De su cuerpo cortado en dos, hizo Belo el cielo y la tierra, y de su sangre, los dioses y los hombres. Era en un principio toda la creación, el espíritu y la materia caliente y dispuesta para la vida: *Ham-ero-ha*.

Heros, *Ëpos*, que Hesiodo presenta como el señor de los espíritus y de los corazones, ocupa en la teogonía cosmogonica un puesto eminente que atestigua su antigüedad y su importancia. Es la forma primitiva del Belo de los caldeos, el Demiurgo, y de las diferentes formas del *El* hebreo. Es el origen de las formas, *Krios*,

(1) Essai sur la cosmologie de Berose.

el sol de Byblos, y *Kronos*, por la síncope del acento áspero griego ó espiración fortificada y la segunda onomatopeya. Preside, como no podía menos, dada su significación primitiva, la unión fecunda de los seres, que es el mismo concepto que los pueblos de Asia tuvieron siempre del principio de toda producción.

Era la tierra, la procreación simbolizada en la tierra, procrea á Urano, el cielo estrellado, mansión del espíritu de vida: *Er-an*; y los dos, á *Tetis* madre de las aguas dulces y alimenticias; (*Titia*, la abundancia en eúskaro). Esta teogonía es ya muy posterior á los orígenes, y producto de mil oscuridades y confusiones.

El Titan Hiperion que sube al cielo con su hermana Toya, frutos de la segunda pareja divina, es *Hi-berion*, el espíritu del calor que llegó á ser el *sol* como *Toya* la luna, (espiración sencilla). La terminación es el *on* eúskaro indicando bondad, grandeza.

De la tercer pareja salen Palas y Perseo, ó *Bar*, *Ber-ah*, *Ber-he-o*

Hecate, la reina de la naturaleza, es el conjunto de tres aspiraciones, y nada más.

De Zeus hemos hablado ya por incidencia, y de Hera. Estudiemos ahora el nombre de Heracles.

Según Benfey, *Vîrya-m*, nombre neutro de *vîra*, el guerrero, el héroe, originado probablemente en un *Wara* aryaco, en latín *vir*, en gótico *vair*, en anglo-sajón *wer*, habría dado nacimiento al griego ἥρως=Hera, Heracles.

Desde luégo se nota que todas estas palabras de diferentes lenguas, son términos de la evolución onomatopéica de nuestro *ber*, y que, por consiguiente, no tienen unos sobre otros privilegio alguno, para sacar de ellos esta etimología. Tanto valdría sacarla de nuestra palabra *héroe*, que está mejor conservada aun, pero que tiene como todas ellas el defecto de ser posterior

al nombre divino de Heracles, y de no conservar la significación primitiva. No acaban de comprender los exegetas, por más que teorizan, que estos nombres divinos, tan antiguos como el lenguaje humano, no pueden tener explicación por ninguna lengua indoeuropea, y que á lo más, sólo sirven para la comparación y confirmación, una vez encontrada en los orígenes la verdadera raíz.

La primera parte del nombre de Hércules, *Her*, ya sabemoslo que es; mas, la segunda no es tan conocida; pero aun de la forma *Her* hay algo que añadir. Se lee en algunas medallas antiguas *Feracleon* por *Heracleon*, marcando así la pronunciación eólica cuyo digamma tenía un sonido entre *F* y *V*, y suplía las aspiraciones, por lo que se llamaba επίσημον βαῦ, el signo *Vau*, puesto en lugar del espíritu colocado sobre la vocal y correspondiente al *Vau* oriental. Señalamos esta ley conservada en un dialecto griego para que no se extrañen ciertas interpretaciones sucesivas que pueden obedecer á esto mismo. Además, nos indica la facilidad con que pudo haber pasado en otros dialectos desconocidos el *Ber* á *Her* y viceversa, pues una ley no se limita generalmente á un dialecto solo.

Es fácil notar que Hércules y Akiles, (Ἀχιλεύς), tienen el mismo origen. En efecto, Akiles no parece más que esta segunda parte de Her-acles contraida; de modo, que sabiendo lo que es Akiles, tendremos completa la interpretación de Heracles, con tanta más razón, cuanto que la forma latina *Hércules* nos deja ver la variante más aproximada: *Her-acles*, *A-kiles*, *Hércules*. Es indudable que el nombre de *Hércules* ó *Heracles* está formado por las onomatopeyas divinas *Ha-er*, más el nombre de Akiles. ¿Qué nombre es este? Max Muller acertó un poco la forma primitiva de este nombre: Akiles debe su origen indudablemente, ó es un término de evolución idéntico, á las formas sanscritas *ahar*, el día, *ahal*, y *Ahalia*, la diosa de la noche, según Kumarila, la aurora. Akiles debió haber sido, pues, *Ah-er-a* y después *Ah-el* y *Ak-il-a* ó *eus*, en griego, Ἀχιλλεύς. *Ah* es la onomatopeya del soplo, pero *Ah-er* son ya las dos onomatopeyas unidas.

El significado de la segunda, *er*, es lo que no conoció Max Muller, ni nadie, hasta ahora.

Ah-er fortificando la espirada se convierte en *Ak-el*, *Ak-il*, *Ak-ul*. El primero, contraido con el subfijo, forma *acles*, el segundo sin contraerse, *Akiles* ó Ἀχιλλεύς, el tercero por elisión, *cules* ó *cur*. Todos estos nombres son nombres del sol ó de la divinidad, con el significado de las onomatopeyas: espíritu de vida, calor de creación, fuego vivo, luz del mundo. Estas significaciones se olvidaron, mas las palabras consagradas santas por la tradición fueron añadidas, en una época de que no hay recuerdo, al nombre genérico de Dios, *Her*, y entonces se formaron los nombres de Hércules y Heracles, simbolizando en el sol un héroe lleno de espíritu, de vida, de fuerza, de valor. Y la prueba de que esta unión fué posterior y postiza, es la reduplicación que resulta de las onomatopeyas, puesto que *Her* y *cles* ó *cules* son evoluciones del mismo nombre primitivo. Y por otra parte, la forma Akiles, aislada siempre, confirma esa especie de soldadura de sus hermanas con el gran Her.

El estudio de estas formas contraidas ó sincopadas, *cles* y *cules*, de las onomatopeyas, es curioso. Nuestras palabras, claro, claridad, la francesa *clair*, las inglesas *clarity*, *clearnis*, proceden de ellas con la reduplicación del *er*. Todavía en los *patois* franceses se llaman los *fuegos fatuos*, *cla* y *cula*. *Cula* ha llegado á ser un personaje casi mítico. Por la noche se entretiene en extraviar, perseguir y en hacer daño á los que se aproxi-

man á él. No hay más remedio para librarse, que arrojar una piedra al agua; entonces *Cula* salta tras de ella lanzando una carcajada.

Así se forjan los mitos. ¡Qué partido no hubieran sacado los griegos de este *Cula* patois!

Hércules y Akiles son, pues, mitos solares y términos de la misma evolución, en cuanto al nombre. Esas formas *cla* y *cula*, significando fuegos ó luces nocturnas, nos dan la explicación de los nombres de *Heracles* y de *Hércules*, que tuvieron en el origen la misma significación y que hasta ahora no tuvieron etimología cierta.

Nosotros insistiríamos en la prueba de que Hércules es un dios sol, si no fuese cosa universalmente aceptada y no estuviese brillantemente demostrada en la explicación del poema de la Heraclida, por Dupuis (1), de quien es preciso aceptar lo mucho verdadero que tiene en su obra. Es una observación exacta, aquella suya, de los trescientos sesenta días, sin incluir los epagómenos, cuyo número figura con un carácter religioso en tantas partes y da razón de una porción de extrañas cosas: como las trescientas sesenta estátuas que rodeaban al dios *Hobal*, *(Ha-ber)* de los árabes; las trescientas sesenta capillas levantadas alrededor de la mezquita de *Balk*; los trescientos sesenta genios que se apoderan del alma á la hora de la muerte, según los cristianos de San Juan; los trescientos sesenta *Eones* de los gnósticos; los trescientos sesenta dioses admitidos en la teología de Orfeo; las trescientas sesenta copas de agua del Nilo que los sacerdotes derramaban, una cada día, en el tonel sagrado de Acanto, etc.; otros tantos ritos en memoria del paso diurno del dios sol durante el año; lo mismo que

(1) *Origen de todos los cultos*, por Carlos Francisco Dupuis.

los trabajos de Hércules representan su paso por los signos del Zodiaco, y que el viaje de *Jason* en el buque de Argos, *(argui-a*, la luz, en eúskaro), revela, ó la elevación del sol en nuestro hemisferio en primavera, ó la subida del sol saliente para llegar en el crepúsculo vespertino á la conquista del vellocino de oro, la dorada puesta del sol. *Jaso*, en eúskaro, *subida*, *elevación*.

Vése, pues, que aun en las fábulas, que más parecen producto de la imaginación poética, no se prescinde nunca del fondo razonable, y que la misma poesía no es más que analogía y asociación de ideas.

EL ORÁCULO DE DELFOS, APOLO, EL OMPHALOS.

Apolo es el tipo más perfecto del ideal griego y el último producto, quizá, de la imaginación mitoplástica de aquel pueblo que supo aliar la gracia con la fuerza y con la dignidad, elevándose á la más sublime concepción de la belleza. Después de dar á las fuerzas naturales formas humanas, cierra su ciclo mítico, haciendo de Apolo un perfecto griego. Alcibiades, Epaminondas, Leonidas, tienen un ideal que pueden imitar; Apolo es la encarnación del tipo de la cultura griega. Y sin embargo, tampoco es un dios griego, ni siquiera pertenece exclusivamente á la raza aryana. Antes de la llegada de los griegos, su culto era ya establecido en Troya, en Licia y en Creta, de tiempo inmemorial. Acaso el antiguo fondo de población turaniana le conocía, como hay recuerdo de que le conocían en las costas de la Anatolia y en las islas del mar Egeo; mas la introducción definitiva del culto de Apolo en Grecia se atribuye á los cretenses, pueblo sin carácter determinado por ser mezcla heterogénea, al menos en lo que alcanza la historia, de diferentes razas, curetas, pelasgos, etc.; pero cuyo